

Legendarias palabras contra san Agustín

Legendary words against saint Augustine

Dr. Manuel VILLEGAS RODRIGUEZ

San Lorenzo de El Escorial

mvillegas35rodriguez54@gmail.com

Resumen: Las palabras, orales o escritas, pueden contener reproches sin fundamento que, repetidas, se convierten en maledicentes leyendas. Además de las palabras existen múltiples pinturas que, en el caso que nos ocupa representan a san Agustín en una playa, ante un niño, que le recrimina su atrevimiento por tratar de profundizar en la idea de Dios-Trinidad. Esta ha sido y sigue siendo para muchos escritores o predicadores, consciente o inconscientemente, una ocurrente anécdota que puede desdibujar al santo Obispo de Hipona. Se prueba ampliamente que esta leyenda refleja una deformación de su personalidad a la vez que se expone con sus propias palabras el excelso y claro contenido de su obra *De Trinitate*.

Abstract: The words, oral or written, can contain baseless reproaches that, repeated, become slanderous legends. In addition to the words, there are multiple paintings that, in the case that concerns us, represent Saint Augustine on a beach, before a child, who reproaches him for his audacity for trying to delve into the idea of God-Trinity. This has been and continues to be for many writers or preachers, consciously or unconsciously, a witty anecdote that can blur the holy Bishop of Hippo. It is amply proven that this legend reflects a deformation of his personality while exposing in his own words the lofty and clear content of his work *De Trinitate*.

Palabras clave: Palabras y Leyendas. Petrus de Natalibus. Representaciones pictóricas de san Agustín y un niño en la playa. *De Trinitate*, obra de san Agustín.

Keywords: Words and Legends. Petrus of Natalibus. Pictorial representations of Saint Augustine and a child on the beach. *De Trinitate*, work of Saint Augustine.

Sumario:

I. A modo de Prólogo.

II. Falsedad contra san Agustín.

- 2.1. *Una difamadora leyenda en la pintura.*
- 2.2. *San Agustín reflexiona sobre su propia obra.*
- 2.3. *Conclusiones agustinianas.*

III. Epílogo: La Trinidad en algoritmos o signos.**IV. Bibliografía.**

Recibido: septiembre 2022.

Aceptado: noviembre 2022.

I. A MODO DE PRÓLOGO

La necesidad que los hombres sentimos por comunicarnos exige que nuestras palabras respeten las normas más esenciales durante su transmisión. Hemos de atender desde la pronunciación más correcta, que hoy desgraciadamente se presenta y se propaga cada vez más obscura, gangosa y atropellada, hasta la elección del vocablo más exacto que refleje lo que desea nuestra mente transmitir, juntamente con una actitud sencilla de diálogo sin pretensiones de imposiciones inquisitoriales.

Hay momentos en la vida de cada uno de nosotros que quedan fuertemente grabados en la memoria. Algunos recuerdos persisten, y otros se van desvaneciendo. Permanece muy vivo en mí un suceso de no hace mucho tiempo, cuando un cierto amigo me cuestionó la arrogancia de san Agustín por su pretensión en comprender a Dios al escribir el libro *De Trinitate*. Venía él, según me refirió, de escuchar a un predicador en la Misa del Domingo de la Trinidad que había relatado la leyenda sobre san Agustín junto a un niño en una playa, y alabó la contestación del niño ante la advertencia del santo Obispo de Hipona. En fin, juzgaba a éste realmente temerario por pretender conocer los misterios de Dios¹.

Pues bien, este hecho se reproduce frecuentemente, y de esta manera se justifican las legendarias palabras y se agrade a la riqueza espiritual que contiene la obra agustiniana *De Trinitate*. Pienso que gran parte de este lamentable hecho se debe a no haber profundizado con la suficiente conciencia por cuantos

¹ Resumo la leyenda referida con la finalidad de que se recuerden sus detalles y se pueda comprender mejor mi reacción y el alcance de mi escrito. La leyenda dice así: Cuando san Agustín, paseando por la playa de Hipona, estaba meditando sobre la doctrina y dificultades de la obra que por entonces escribía a fin de redactarla con la claridad y exactitud que requería, contempló que un niño recogía con una concha agua del mar y la llevaba para verterla en un pocito que había ya preparado. Se acercó el santo y le preguntó qué es lo que quería hacer. Al responder el pequeño que deseaba meter toda el agua del mar en su pocito, e indicándole san Agustín que era imposible que toda el agua del Mediterráneo cupiera en ese hoyo, éste le contestó que mucho más imposible era que la realidad de Dios pudiera caber en su cabeza y entender y comprender la Santísima Trinidad. De esta leyenda, como indicaremos más adelante, existen numerosas obras pictóricas que demuestran la importancia dada, incluso por algunos miembros de la Orden Agustiniiana, como si fuera un elemento favorable a la fama del santo.

debieran conocer más a fondo el significado y trascendencia que tiene en la vida de san Agustín el afrontar el tema del misterio de la Santísima Trinidad.

Es cierto que nuestro lenguaje, como todo instrumento humano, es limitado, y el uso respetuoso de las palabras conlleva una atención máxima a su contenido y a la evolución de su significado a través del tiempo. Porque las palabras tienen su propia vida. Tienen tenacidad y versatilidad. Y no podría ser de otra forma como consecuencia de ser signos y representación de los pensamientos. Y el pensamiento puede ser consistente o frágil, con claridad o confuso. La función de la palabra, como emisora de una idea, es la comunicación con otro receptor racional. Revestida de sonido, la palabra hace que se consiga entre dos seres humanos una importante comunicación. Contiene en sí, pues, una fuerza unitiva y, por ello, es, o debiera ser, mensajera de la verdad para una comunicación sincera, o, en otras palabras, una expresión sencilla y veraz sin fingimiento alguno.

Pero hay que entender que las palabras como signo comunicativo, son una de las invenciones o creaciones del ser humano y están, por tanto, sometidas entre otras circunstancias al tiempo, a las costumbres, y a la voluntad del mismo hombre. Al ser mucho más rica la realidad intelectual a causa de las innumerables ideas que pueden existir en la mente humana, la palabra se somete a una serie de contingencias que, en ocasiones, hacen necesaria una prudente reflexión para conseguir conocer el contenido ideológico que conlleva.

Con la palabra se comunica ciencia y sabiduría, y con la palabra se expande la mentira y la maledicencia. La palabra hace reír y hace llorar. La palabra es el vehículo con el que la inteligencia humana, por medio de su modalidad en letras y frases puede enriquecer a muchos, cercanos y lejanos. De igual manera puede, con sus mismos términos, ofender a presentes y ausentes.

Si, por tanto, se desea conocer algo con un cierto fundamento hemos de atender a profundizar el certificado de su veracidad. No es una tarea fácil, ya que los escritos que perduran a través del tiempo, durante siglos, pueden haber sufrido una transformación, o sencillamente desde su nacimiento se eligieron esas afirmaciones con una intención de crítica ofensiva.

Ante la inmensa problemática que contiene la palabra, oral o escrita, y sencillamente, en cuanto a su ínsita dificultad, nos dedicamos aquí al siguiente asunto ya definido y concreto. Reconociendo la importancia de su versatilidad, y también de su uso indeseable como vehículo portador de impropio u ofensa. Pretendemos en este artículo, considerar un hecho en referencia a San Agustín que contiene, a nuestro juicio, una maledicencia, acaso involuntaria, que se ha convertido en múltiples afirmaciones disparatadas.

II. FALSEDAD CONTRA SAN AGUSTÍN

En primer lugar, centro mi atención en exponer unas palabras erróneas de poco contenido ético que formaron una leyenda ofensiva contra san Agustín. Hemos de considerar, pues, la oculta potencia de desprestigio que con ellas en un cierto escrito biográfico pudieron, y aún pueden deformar datos históricos importantes referidos, en este caso, a la obra de san Agustín *De Trinitate*.

Tiene la difamación tal fuerza implícita que, con una frase aparentemente inocua y leve, sin ser formulada con ropaje asentado en cimentación silogística, sino relleno de vacíos comentarios y frases inconexas, se expande con enorme rapidez en ocasiones o, en diferentes contingencias, con la lentitud sopesada del furtivo cazador, y consigue su finalidad, es decir, herir a una inocente víctima, y hasta muchas veces abatirla, sin dar ocasión a una legítima defensa o a una sencilla explicación. Una vez lanzado el dardo dañino se convierte en múltiples palpos que de forma indiscriminada se esparcen por doquier. Mientras, el difamador busca siempre argumentos -razones pseudoveraces- para tranquilizar su conciencia y afianzar su estructural y aparente estima propia con toda clase de ideales arbotantes, o, en todo caso, le sirve un simple armazón para que con tal refuerzo -el difamador- se autocalifique juez defensor acérrimo de la ética. Su silueta va adquiriendo sombras inquisitoriales. Parece ser cierto, desgraciadamente, que las desviaciones mentales para excusar su propia conciencia son indestructibles.

La difamación puede revestirse de muchas maneras, desde el ridículo chismorreó a la denigrante calumnia. Existen invenciones que tuvieron éxito en las biografías de grandes personajes hasta el punto, como en este caso, de ser objeto de inspiración pictórica para consumados artistas. La proliferación de esta clase de leyendas tiene su razón de existir puesto que permiten rellenar la biografía del personaje en cuestión; con noticias, hechos, milagros y toda clase de afirmaciones, narradas con la intención de -se supone- “enaltecer” aún más su figura. Nos referimos en concreto a una leyenda nada favorable para san Agustín. En este caso, una infundada tergiversación, con motivo, como hemos señalado, de su famosa obra *De Trinitate*, en la que éste ha sido víctima de esta aparentemente inocua difamación.

Lo peor es que a través de los siglos se ha ido manteniendo también por parte de aquellos mismos seguidores que tienen el privilegio de ser reconocidos como discípulos del santo Obispo, y que hasta se autocalifican de agustinólogos. ¿No se han percatado que tal leyenda no responde al contenido doctrinal que san Agustín desarrolló en tan magnífica obra teológica? Se puede decir que *De Trinitate* se ha leído, y se sigue leyendo, con patente deficiencia visual

por parte de ciertos lectores, o quizás con escasa capacidad comprensiva. Por tanto, o bien no se entiende lo que se lee, o no se ha leído con la debida disposición que exige una pieza maestra de tan genuina religiosidad, con verdadero respeto al significado e importancia que ha de tener Dios en nuestra vida, y una especial atención para todos aquellos que se afanan por iluminar campos oscuros. Han pasado años y siglos y, ante esa leyenda, se ha permanecido en silencio. Por mi parte, confieso que no conozco a alguien que haya dicho o escrito que tal leyenda es una simple murmuración o habladuría, por el contrario, hasta con cierto regocijo se suele repetir a tiempo y a destiempo. Acaso se podría encontrar algún escrito recriminatorio que yo me uniría a él con toda la argumentación que contiene este mi artículo.

Comparto, en verdad, la frase de Joseph Addison²: “*El silencio nunca se manifiesta con tanta superioridad como cuando se emplea como réplica a la calumnia y a la difamación*”. La frase es sumamente aleccionadora. Tenemos, además, el ejemplo maravilloso del mismo Jesucristo especialmente en su Pasión. Sin embargo, yo, en esta ocasión, decido romper lanzas ante la proliferación artística en que se ha convertido esta maledicente leyenda, y su repetición por parte de escritores y predicadores sin que sientan la más mínima inquietud, cuando se suele terminar en una específica y condenatoria sentencia contra la temeridad del Obispo de Hipona.

No se puede asegurar la atribución de la leyenda a un autor conocido³. anterior a Petrus de Natalibus, pero he podido comprobar que este hagiógrafo señala entre los hechos histórico de la vida de san Agustín la conocida narración del niño en la playa pretendiendo meter en un pequeño pozo, preparado ingenuamente de antemano, toda el agua del mar Mediterráneo⁴.

² ADDISON, J., Escritor inglés de gran renombre (1672-1719), cuyos restos reposan en la Abadía de Westminster.

³ Maria Teresa Limonte califica la leyenda como “*bella y simbólica*”. Cfr. LIMONTE, M. T., *Sant’Agostino e la leggenda del bambino sulla spiaggia*, en Italia Medioevale. Internet (22 diciembre 2020.). Cfr. MARROU, H.-I., “Saint Augustin et l’ange. Une legend médioéval”, en *L’homme devant Dieu. Melanges offerts au P. de Lubac*, II, 1954. César de Heisterbach (1170-1240), monje cisterciense de la Abadía de Heisterbach (Königswinter, Alemania) refiere la siguiente frase que alude a escritor desconocido y posteriormente fue aplicada a san Agustín: “*Augustine, quid quaeris?: putasne brevi immittere vasculo mare totum?*” (*¿Qué pretendes, Agustín, que en ese vaso tan pequeño pueda haber toda el agua del mar?*). Se alude también a una carta apócrifa de san Cirilo de Jerusalén (315-386). La conexión entre san Cirilo y san Agustín consta en la tradición de forma muy tenue. No obstante, existe un cuadro de la escuela francesa que reúne a ambos santos. Se conserva en el Musée National de la Renaissance, en Ecouen (Francia).

⁴ Pietro Ungarelli di Marco de’Natali, más conocido como Petrus de Natalibus (c.+1400), fue un italiano, obispo de Equilio, lugar que coincide con la población actual de Jesolo, cerca de Venecia. Escribió una biografía de santos, compuesta de 12 libros, que corresponden a los

2.1. Una difamadora leyenda en la pintura

No podía faltar que tan folclórica leyenda fuese llevada a notables lienzos por artísticos y famosos pinceles convertida así esa imaginería en todo un símbolo representativo de la vida y obra del santo. Son imprescindibles en este tema los estudios de J. Courcelle y P. Courcelle quienes estudian las obras artísticas de los siglos XIV-XX sobre san Agustín⁵.

Si visitamos en Barcelona el Museu Nacional d'Art de Catalunya, podemos admirar el cuadro de Jaume Huguet: "*San Agustín se encuentra con el niño en la playa*". Revestido san Agustín con capa pluvial y mitra episcopal parece entablar una conversación con un joven, vestido de túnica y con aspecto de ángel, que está amonestando al santo. Se prejuzga así el interés del santo a causa de su deseo en adentrarse en la idea de Dios-Trino y se sobrevalora la respuesta del niño dedicado a su inocente juego de querer meter en un pequeño hoyo toda el agua del mar⁶. Si nos encontramos en Florencia podemos admirar un cuadro de Sandro Botticelli (1445-1510) en la Galleria degli Uffizi: San Agustín con capa pluvial de color rojo con ribetes dorados, el niño con túnica rosácea, de rodillas junto a un hoyo de gran anchura. Además, entre otros pintores italianos citamos no solo a Fra Filippo Lippi⁷ cuyo cuadro en la actualidad se conserva en el Museo de Hermitage, en San Petersburgo, o la obra del Pinturicchio⁸,

santos de cada día de los doce meses del calendario litúrgico. Se publicó por primera vez en el año 1493, en Vicenza. Entre sus numerosas ediciones resalto la edición octava que se imprimió en Venecia en el año 1616, ejemplar que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, que he podido consultar. La biografía de san Agustín aparece en el libro VII, folios CXIX-CL. El título de la obra es: *Catalogus Sanctorum et gestorum eorum ex diversis voluminibus collectus editus a Reverendissimo in Christo patre domino Petro de Natalibus de Venetiis Dei Gratia Episcopo Equilino. Venet[us]*, 1616.

⁵ Véase en la Bibliografía las publicaciones de Courcelle-Courcelle.

⁶ Jaume Huguet (Vals-Tarragona 1412-Barcelona 1422). Hay una magnífica reproducción de esta pintura en la obra que a continuación citamos: Varios, *San Agustín*, ed. Instituto Histórico Agustiniiano, Heverlee, 2007, p.99. La referida pintura perteneció al convento de San Agustín de Barcelona, en cuya Iglesia había un retablo compuesto de 16 tablas. En el año 1716, al construirse la fortaleza de la Ciudadela bajo el reinado de Felipe V, se derribó la Iglesia agustiniana y otras edificaciones civiles. La mayoría de las tablas del retablo pasaron a un convento de Agustinas, y posteriormente en el año 1944 fueron adquiridas por el Ayuntamiento de Barcelona. Cfr. MUTGÉ VIVES, J., «El convento de agustinos de Barcelona del siglo XIV», en *Actas del X Congreso Internacional de Historia de la Orden de San Agustín*. Madrid 20-24 de octubre de 1997, Roma 1998, Instituto Histórico Agustiniiano, pp. 497-528. La actual Ciudadela se trazó a finales del siglo XIX y allí se ubicó la Exposición Internacional de 1888, con previa destrucción de la fortaleza anteriormente indicada.

⁷ Es un cuadro pintado por Lippi entre los años 1452 a 1465. Actualmente se conserva en el Museo de Hermitage, en San Petersburgo.

⁸ Bernardino di Betto di Biaggio, conocido por el Pinturicchio (1452-1513) lo realizó para la Iglesia de Santa Maria dei Fossi (entre 1496-1498), y actualmente se puede visitar en la Galleria Nazionale de Umbria, en Perugia.

llevada a cabo en los años 1496-1498 para la Iglesia de Santa Maria dei Fossi, y que actualmente se puede visitar en la Galleria Nazionale de Umbria, en Perugia. También se encuentra en los ricos sótanos del Museo del Prado de Madrid, entre tantas otras obras que allí se conservan, un cuadro del Guercino⁹, “*San Agustín meditando sobre la Santísima. Trinidad*”, que es un óleo sobre lienzo de 185 x 166 cm. con fecha de 1636¹⁰.

La ejemplar y magnífica labor de la Cátedra Agustiniana en Roma, presidida que fue por el P. Agostino Trapé y por Reno Piccolomini, publicó como complemento de la edición de todas las obras de san Agustín, versión latina-italiana, otros dos volúmenes más dedicados a la iconografía del santo¹¹ en que aparecen miniaturas y grabados, y, entre ellos, algunos que representan la escena que narra la leyenda.

En el siglo XX también, e incluso a principios del siglo XXI los artistas se inspiran en la referida leyenda para expresar la figura de san Agustín¹². Conocemos la obra de Martín Gallego del año 1986 que se puede contemplar en una casa agustiniana¹³. Y podríamos seguir este itinerario “artístico”, pero supera nuestra intención en este estudio. Para terminar, un último apunte anecdótico: no hace muchos años en un importante convento agustiniano, en Roma, en el que ya existía un cuadro del húngaro Janos Hajnal (1913-2010) con el tema de la leyenda, surgió la idea de contratar un artista que realizara una escultura de san Agustín con un niño o ángel a su lado, en evidente rememoración de la escena de la playa, aunque algunos se empeñen en negar que dicha representación aluda a esta referida leyenda. El hecho es que, además, esta obra se propagó por doquier pues se hicieron réplicas de pequeño tamaño (14 cm.) de discutible gusto estético¹⁴.

⁹ Juan Francisco Barbieri, “Il Guercino” nació en Cento (Ferrara, Italia) el año 1591. En Bolonia, desde 1615, estudió los variados estilos pictóricos que existían en esa época, y desarrolló su pintura en su ciudad natal, en Roma y en Bolonia. Murió en Bolonia en el año 1666.

¹⁰ En la ficha histórico-técnica del Museo del Prado se refiere que proviene de la Colección Real del Abad Peretti, de Nápoles en 1635; en la colección de Isabel de Farnesio, Cfr. STONE, D. M., *Guercino. Catalogo Completo Dei Dipinti*, Cantini, Firenze 1991, pp. 161.

¹¹ Cfr. COSMA, A. PITTIGLIO, G., «*Iconografia Agostiniana, Il Quattrocento*», Città Nuova Editrice, Opera Omnia di sant’Agostino (latino-italiano) vol. XLI/2, Roma 2015. Las miniaturas se pueden admirar especialmente en las páginas 15 (n.3), 18 (n.12), 18 (n.14), 22 (n.23).

¹² Se pueden contemplar algunas pinturas en el artículo de RIST, J., *La espiritualidad de Agustín a principio del siglo XXI en San Agustín*, Fonds Mercator. Instituto Histórico Agustiniano, Heverlee, 2007, pp.287-300.

¹³ En la Residencia Universitaria “Tagaste” de las Agustinas Misioneras en el centro de Madrid.

¹⁴ Cfr. RIST, J., o.c., p.291.

En definitiva, la leyenda que ha motivado una serie de realizaciones artísticas muy loables por el aspecto estético, pero muy evidentemente censurables desde el punto de vista de la veracidad del mensaje y de la responsabilidad, especialmente para quienes les indujeron a reproducir ese dislate. Porque, ¿no es acaso cierto que las anteriores obras fueron contratadas normalmente por determinadas comunidades agustinianas? Aunque seguramente la mayoría de las comunidades indicaron al artista que realizara su obra en una actitud positiva y ejemplar, apropiada a la genialidad de San Agustín, y, así, gracias a Dios, sobresalen artistas que de forma muy plausible han pintado al santo en actitud de éxtasis, exaltando su dedicación por meditar, describir y divulgar sus inspiraciones en pos de la Santísima Trinidad, que no es sino representar su serenidad y equilibrio en una sincera búsqueda de la Verdad de Dios. Cito entre tales obras a Pantoja de la Cruz (1554-1608) y a José de Ribera (1591-1652) ambas en el Museo del Prado.

Volvamos a la biografía de san Agustín escrita por Petrus de Natalibus, porque paradójicamente en ella misma encontramos una apacible contestación a la anterior leyenda. Este autor, al término de su legendaria exposición, que incluso parece querer indicar esa característica al iniciar su biografía con un evidente “*fertur*” (“se cuenta”), narra el testimonio de una afligida mujer que acudió a exponer y suplicar ante san Agustín una gracia en favor de su hija, y puesto que durante el insistente relato de su problema le pareciera no conseguir ni una atención ni una palabra del santo, volvió a su casa profundamente compungida por no entender tal actitud. Pero como al día siguiente acudiera a la Eucaristía que celebraba el santo Obispo y percibiera que en el momento de la consagración San Agustín se extasiaba ante Dios-Trinidad, de forma semejante a como le vio el día anterior, pudo comprender que éste, silencioso, al mismo tiempo la había atendido con gran amabilidad. Con suma alegría, al volver a su casa, comprobó que, en aquel arrobamiento, la había asistido en silencio, y que efectivamente ante semejante necesidad intervino para conseguir el favor que ella pedía para su hija. Me encantó encontrar una reproducción de un grabado del holandés Schelte A. Bols sobre esta última narración de Petrus Natalibus, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París¹⁵.

Esta última narración no contiene, posiblemente un hecho histórico. Ni tampoco que lo sea o no es una cuestión importante, Lo que interesa es lo que deseo hacer comprender: aun cuando fuera este suceso otra leyenda, en este caso sí se había sabido interpretar genuinamente la actitud de San Agustín en su estudio sobre la Trinidad. Y la pregunta que se puede hacer es: ¿por qué esa

¹⁵ VAN BAVEL, T., «La idea del Christus totus», en *San Agustín, Fonds Mercator. Instituto Histórico Agustiniiano*, Heverlee 2007, pp. 263-272. Este grabado se puede contemplar en la p. 267.

narración no es tan conocida cuando están contiguas en su biografía? ¿Cuál es la razón de que siendo una leyenda difamatoria haya prevalecido a la supuestamente más ajustada a las costumbres y forma de ser del Obispo de Hipona? Me viene a la mente una respuesta: la difamación es tan estimada por algunas gentes que incluso se transforma en curiosa, divertida, y objeto de continuo chismorreó.

Considerando todo lo anterior, planteamos si existe algún fundamento para decir que san Agustín en su obra *De Trinitate* intentó entender, o, al menos, se excedió en escudriñar con imprudencia tal Misterio, porque esto no es un tema tangencial respecto a la finalidad de este artículo. Es de suma importancia para la biografía agustiniana. Tampoco soñamos con que todas estas nuestras consideraciones tengan un efecto radical y universal. Pero me siento sumamente recompensado con publicarlas, mostrando con claridad mi respeto a cualquier otra opinión, aunque muchos se empeñen en sumarse a la actitud del niño en la playa de la Hipona mediterránea.

2.2. *San Agustín reflexiona sobre su propia obra*

¿Se encuentra en la obra *De Trinitate* de san Agustín algún indicio del que se pueda deducir una temeridad, acaso soberbia, por atreverse a investigar lo ininteligible en Dios? Quien así pensara debiera indicar en qué lugar de dicha obra san Agustín excede los límites de la mente humana y pretende franquear los inmensos horizontes de la Divinidad.

Para evitar la más mínima duda que desdeñara este mi claro y determinante rechazo de la denigrante leyenda, según hemos anteriormente expuesto, consultemos la obra *De Trinitate*, que, ciertamente, para ello se ha de leer de forma atenta y solícita. No es posible reproducir toda la obra y dedicarnos aquí a su lectura, por lo que nos tenemos que conformar con un resumen de la misma. Pero no seré yo quien vaya a hacerlo por muy completo que pudiera resultar, ya que contamos con uno perfectamente fidedigno. Lo peculiar es que está escrito por el mismo san Agustín.

Siguiendo su costumbre de hacer resúmenes de algunas de sus voluminosas obras, él intuyó la dificultad que pudiera tener el lector, y decidió llevarlo a cabo también en esta obra *De Trinitate*. Es un poco extenso, pero merece transcribirse porque es muy apropiado para la finalidad que nos hemos planteado. Se encuentra en el Libro XV, III, 4-5¹⁶. Pero señalemos previamente

¹⁶ Reproducimos la versión española del P. Luis Arias. Cfr. *Obras completas de san Agustín*, vol. V. editorial de la BAC. Madrid 1948 (4ª edición, Madrid 1985).

la cuidada y profunda preparación que el autor confiesa haberse impuesto al redactar esta obra, lo que demuestra su premeditado orden y clarividencia.

“Mas porque la necesidad de razonar y discutir me llevó, a lo largo de los catorce libros, a decir una multitud de cosas que no podemos abarcar con una simple mirada, a fin de encaminarlas hacia la meta deseada, es menester enumerarlas en rápido recuento del pensamiento, y haré, con la ayuda del Señor, cuanto pueda por resumir en breves conceptos, sin entretenerme en discusiones, cuanto en mis libros precedentes he dicho, y, como en cuadro sinóptico, fijaré, no los argumentos en que apoyé mis asertos, sino las conclusiones escuetas. Pero éstas no han de estar tan distanciadas que se pongan las que anteceden en olvido; y si esto sucede, con presteza se puede, repitiendo la lectura, recordar lo olvidado”¹⁷.

Su resumen es el siguiente:

“Se demuestra en el libro I por las Sagradas Escrituras la unicidad e igualdad de la Trinidad soberana. Prosigue el mismo argumento en los libros II, III y IV; pero en estos tres libros se trata con más diligencia de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, y en ellos se prueba que el enviado no es inferior al que envía, por el mero hecho de ser uno mitente y otro enviado, pues la Trinidad es en todo igual, inmutable e invisible en su esencia, y está presente en todas parte y actúa inseparablemente”¹⁸.

“En el V, a causa de aquellos que opinan no ser de una misma substancia el Padre y el Hijo, y no siendo una misma realidad el engendrar y ser engendrado o ser engendrado y no serlo, pues son dos términos distintos, creen que también son diversas las substancias, se demuestra que no todo cuanto de Dios se predica según la substancia, como cuando se dice bueno o grande según la substancia o cuando se trata de algún otro atributo substancial; pero además existen otros términos que entrañan relación o dicen habitud, no a la substancia, sino a una realidad distinta de la esencia. Así, el Padre dice relación al Hijo, y Señor dice habitud a la criatura que le sirve; y cuando se emplea un término relativo, es decir, cuando se refiere a una realidad que no es la esencia, aun cuando sea predicado temporal, como en el Salmo, donde dice: Señor, sois nuestro refugio, no indica mutación en Dios, pues siempre permanece inmutable en su perseidad esencial”¹⁹.

¹⁷ Cfr. SAN AGUSTIN, *De Trinitate*, XV,III,4.

¹⁸ Cfr. O.c., XV, III, 5.

¹⁹ O.c., XV, III, 5.

“En el VI se pregunta en qué sentido Cristo es llamado por boca del Apóstol virtud de Dios y sabiduría de Dios, difiriendo para más adelante tratar a fondo la siguiente cuestión: el que engendró a Cristo, ¿es Él la sabiduría o sólo es padre de la sabiduría? ¿Engendró la Sabiduría a la Sabiduría? Cualquiera que sea la respuesta, aparece también en este libro la ecuación esencial de la Trinidad, y cómo no es Dios triple, sino trino; y el Padre y el Hijo no son dos principios con relación al Espíritu Santo, realidad simple, donde ni los tres juntos son algo más que uno de ellos. También se discutió cómo puede entenderse, lo que dice el obispo Hilario: La eternidad en el Padre, la especie en el Hijo y la acción en el Don”²⁰.

En el VII se explica la cuestión aplazada, a saber, cómo el Dios que engendró al Hijo no sólo es Padre del poder y de la sabiduría, sino que es también Él el poder y sabiduría; y lo mismo se ha de afirmar del Espíritu Santo; sin embargo, no son tres virtudes ni tres sabidurías, sino un poder y una sabiduría, como son un Dios y una esencia. Se investiga luego en qué sentido se dice una esencia y tres personas, o, según algunos escritores griegos, una esencia y tres substancias, y encontrarnos cómo la inopia del lenguaje nos fuerza a sintetizar en una palabra la realidad que son los tres, pues con toda certeza sabemos que son tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo²¹.

En el VIII, aducidas las razones, está claro para los inteligentes cómo en la verdad esencial el Padre no es mayor que el Hijo, ni los dos juntos son mayores que el Espíritu Santo, ni dos de ellos son en la Trinidad superiores a uno solo, y los tres juntos no son mayores que uno de ellos en particular. Se advirtió luego cómo se puede entender, en cuanto es posible, la naturaleza inmaterial e incomprensible de Dios por la verdad, que conocida se intuye; por el bien supremo, fuente de todo bien; por la justicia, que impele al alma injusta al amor de la justicia; por la caridad, que en las Escrituras santas es Dios, y en la que empezó a vislumbrarse la imagen de la Trinidad, en el amante, el amado y el amor²².

El discurso avanza, en el libro IX, hasta llegar a la imagen de Dios, que es el hombre según la mente, y en la mente encontramos una cierta trinidad: la mente, la noticia por la que se conoce a sí misma y el amor con que se ama a sí misma y a su noticia; y estas tres cosas son iguales entre sí, y su esencia se demuestra que es una²³.

²⁰ O.c., XV, III, 5.

²¹ O.c., XV, III, 5.

²² O.c., XV, III, 5.

²³ O.c., XV, III, 5.

En el libro X se trata del mismo argumento, pero con mayor profundidad y diligencia; y llegamos a descubrir en el alma una trinidad de relieve más acusado en la memoria, entendimiento y voluntad. Mas, como es manifiesto, es imposible a la mente dejar de acordarse de sí misma, de conocerse y amarse, aunque no siempre piense en sí. Cuando reflexiona, no se desentiende con el pensamiento de los objetos corpóreos, y por eso aplazamos la disputa trinitaria hasta encontrar en la percepción de los cuerpos visibles una especie de trinidad, para ejercitar así la penetración del lector.²⁴

Por esta razón elegimos en el XI el sentido de la vista, para encontrar en él lo que buscábamos, aplicando el resultado, sin indicarlo, a los restantes sentidos; y vimos así surgir la trinidad del hombre exterior, primero en las cosas de afuera, por ejemplo, en el objeto visible, en la imagen impresa en la pupila del espectador y en la atención de la voluntad, lazo de unión entre ambos. Pero estas tres cosas no son iguales ni de una misma substancia. Luego descubrimos en el alma²⁵ otra trinidad introducida por las cosas que se experimentaron en la periferia, y en ella aparecen tres realidades de una misma esencia: la imagen del cuerpo existente en la memoria, la forma que resulta cuando a ella se convierta la mirada interior del pensamiento, y la atención de la voluntad, broche unitivo de ambas. Pero esta trinidad pertenece también al hombre exterior, pues nace de las sensaciones corpóreas, que nosotros percibimos fuera²⁶.

Distinguimos en el libro XII entre sabiduría y ciencia, y primero buscamos una trinidad sui generis en la inferior, que llamamos ciencia; y aunque ésta ya pertenece al hombre interior, no se la considera aún ni se denomina imagen de Dios²⁷. De ésta se trata en el libro XIII, siguiendo las directrices de la fe cristiana²⁸.

En el libro XIV se disputa sobre la verdadera sabiduría del hombre, que es don de Dios y participación divina, distinta de la ciencia, y se llegó a descubrir la trinidad en la imagen de Dios, que es el hombre según la mente, renovada por el conocimiento de Dios, conforme a la imagen del que creó al hombre a su semejanza, y así percibe la sabiduría, allí donde existe contemplación de lo eterno”²⁹.

²⁴ O.c. XV, III, 5.

²⁵ El texto latino dice “*in ipso animo*”. Para san Agustín no es lo mismo anima-ae y animus-i.

²⁶ O.c., XV, III, 5.

²⁷ O.c., XV, III, 5.

²⁸ O.c., XV, III, 5.

²⁹ O.c., XV, III, 5.

No se percibe en este resumen del propio santo, ni en la lectura completa de sus 15 libros, contenido alguno que muestre una temeraria intromisión en la interioridad de Dios Trinidad, ni acometer teorías disparatadas. Quien esté familiarizado con la lectura del santo obispo de Hipona, sabe perfectamente que en cualquiera de sus páginas aparece un neto buscador del Dios-Amor, del Dios-Verdad, del Dios-Sabiduría, del Dios-Belleza, del Dios-Creador y pudiéramos seguir de forma indefinida con otros predicados que reflejarían siempre la misma Fuente del Ser que reprodujera las palabras de atracción que él sintió y siente al decir “Tarde te amé”. ¿Alguien puede desdorar el resplandor que él siempre transmite?

Por ello, permítasenos reducir resaltando los puntos más importantes de los anteriores resúmenes del propio san Agustín en la siguiente síntesis³⁰:

- Libro I, se prueba la unidad e igualdad de la Trinidad, a tenor de las Escrituras.
- Libro II, según las Escrituras en las llamadas misiones del Hijo y del Espíritu Santo, hay unidad e igualdad, pues tienen la misma substancia y son inseparables el que envía y el enviado.
- Libro III, afirma que la esencia de Dios jamás ha sido vista, no obstante que las apariciones de las misiones divinas asumieron formas determinadas.
- Libro IV, Cristo es la forma especial de misión divina, por la cual se hace el Hijo inferior al Padre, sin detrimento de la igualdad.
- Libro V, el Padre “engendra” al Hijo no en el modo de substancia, sino en forma de una relación, que es permanente e inmutable.
- Libros VI-VII Explica cómo se dice de Cristo “Poder y Sabiduría de Dios”, y de igual modo se dice del Espíritu Santo, diciendo que no son tres poderes y tres sabidurías, pues es un solo Poder y una sola Sabiduría, como es una sola esencia y un solo Dios. Tanto la fórmula griega (una esencia y tres substancias) como la fórmula latina (Una esencia y tres personas) se dicen por necesidad de lenguaje o para no guardar silencio.
- Libro VIII, La Unidad de los tres es tal que la Trinidad no es mayor a uno solo. La Naturaleza o esencia de Dios se puede vislumbrar cuando se

³⁰ Me sirvo, en parte, de los resúmenes de la edición *De Trinitate* del P. Luis Arias con que inicia cada uno de los 15 libros en las Obras de san Agustín de la BAC. Vol. V, Madrid ed. Año 1948. cfr. MULLER, Earl C., «Estructura del De Trinitate de san Agustín, Aspecto retórico y teológico», en *Augustinus*, 49 (1995) 215-226.

vislumbra la suma Verdad, el sumo Bien, la suma Justicia, el sumo Amor. En el Amor hay una trinidad: amor-amante y amado.

- En los libros IX, X y XI, san Agustín expone que en el hombre hay una alegoría trinitaria de la imagen de Dios-Uno:
- En el libro IX, la mente, su conocimiento y el amor con que se ama a sí misma y a su conocimiento.
- En el libro X muestra otra trinidad en el alma humana; la memoria, el entendimiento y la voluntad.
- En el libro XI señala vestigios de la Trinidad desde la actividad del hombre exterior en conexión hacia el hombre interior. Pone como ejemplo el sentido de la vista, y por ello: el objeto que se percibe con la vista, la imagen impresa en la pupila y la atenta voluntad por la que se unen las tres cosas es una trinidad exterior. Observa también una segunda trinidad que procediendo del hombre exterior en cuanto a su percepción periférica, mueve al alma (ánimo) en su interior; la memoria preexistente de ese objeto -imagen conceptual- el juicio resultante de aplicar el entendimiento, y la atención que por acción de la voluntad, actúa como broche unitivo de ambos.
- Notemos ahora el hecho de que el hombre esté erguido para contemplar lo más encumbrado de los astros y todo el cielo (temporal); y también su mente dirija su mirada a lo más excelso del orden espiritual (eterno), de modo que en el libro XII explica que el alma es una al ensamblar en sí esas sus dos actividades; corporal y espiritual, y que cada una contiene una imagen trinitaria. Pero es en la región superior donde hemos de encontrar la imagen de Dios. La cual ha de buscarse en el alma, pues su mente es la sede del conocimiento de Dios. Así pues, por una parte, la ciencia nos facilita la veracidad de lo bueno y virtuoso, con actuaciones felices que nos elevan a lo eterno. Pero la Sabiduría (ciencia de Dios) es la que nos confiere la felicidad eterna por medio de la contemplación de Dios. Pero ¿cómo? ¿cuál es el camino?
- Señala en el libro XIV que el camino es la fe fundamentada en Cristo, que nos ha salvado del pecado y de la muerte. Confiada la fe a la memoria, en la que residen todas las palabras, surge en el ánimo una Trinidad, ya que allí encontramos los sonidos y significados de las palabras, aunque no se piense en ellas...

Se comprueba, pues, que toda la trayectoria de mente y corazón del santo tras la huella de Dios se ilumina según avanza en su búsqueda desde las primeras líneas del Capítulo I del Libro I hasta las bellas palabras del libro XV cuando su mente-corazón, convierte en una breve oración estas íntimas palabras:

“Señor, Dios uno, Dios Trinidad, cuanto con tu auxilio queda dicho en estos mis libros conózcanlo los tuyos, si algo hay en ellos de mi cosecha, perdóname tú, Señor y perdónenme los tuyos. Así sea”³¹.

No hay, pues, indicio alguno, de que san Agustín haya traspasado la línea de la prudencia en su afán de estudiar y exponer la Santísima Trinidad. Repito, por tanto, que la conocida leyenda no debiera debe ser recordada una y otra vez porque es incisivamente ofensiva para la imagen diáfana de san Agustín en este tema. Sin embargo, si algún lector tuviere una opinión distinta, con fundamento claro y evidente, no me dispongo a enturbiar su publicación, sino celebraré que con una mayor reflexión ofrezca argumentos para que puedan moverme a unirme a su conclusión. La verdad es de todos, para que podamos compartirla.

2.3. Conclusiones agustinianas:

Primera: San Agustín no se excede en la búsqueda del Misterio de Dios.

No existe comentario ni texto alguno en las obras de san Agustín del que se pueda deducir que él haya pretendido “entender” o “abarcar” toda la realidad del Dios-Trino. Por tanto, hay que calificar la escena de san Agustín con el niño en la playa como mera leyenda infundada. Por el contrario, en muchas ocasiones san Agustín indica las deficiencias ínsitas del hombre para referirse a Dios, y, siguiendo las palabras del apóstol san Pablo, explica muy claramente en el libro X de Confesiones³² el sentido de “a Dios le vemos por espejo y en enigma³³. Concluye en ese mismo pasaje:

“que la excelencia infinita de la divinidad trasciende la facultad del lenguaje, Más se aproxima a Dios el pensamiento que la palabra, y más la realidad que el pensamiento”³⁴.

³¹ San Agustín, De Trinitate, XV,28,51.

³² Cfr. VILLEGAS RODRÍGUEZ, M., «Breve análisis de Confesiones, X,1,1», en *Anuario Jurídico y Económico Escorialense*, (San Lorenzo de El Escorial), LIII (2020) 445-472.

³³ Cor 13,12.

³⁴ “*Quia excedit supereminencia divinitatis usitati eloquii facultatem. Verius enim cogitur Deus quam dicitur, et verius quam cogitur*”, De Trinitate VII,4,7. (Traducción de Luis Arias, O.S.A.; (BAC, obras completas de san Agustín, vol V, Madrid 1948, pp. 474-475 [ed.1985, p.405]).

Segunda: San Agustín trata de explicar la terminología trinitaria.

La terminología agustiniana utilizada acerca de la Sma. Trinidad es cuidadosa y siempre lúcida y sencilla. Cuando en *De Trinitate* trata, por ejemplo, de la “Unidad y la Igualdad de la Excelsa Trinidad” dice sencillamente: “El Padre no es Dios sin el Hijo y el Espíritu Santo”³⁵. Frase sencilla que tiene su evolución terminológica para determinar una recíproca (in)existencia de las Personas Divinas con base al evangelio de san Juan “*Yo y el Padre somos una misma cosa*”10,30; “*el Padre está en mí*”10,38; y “*el que me ha visto a mí ha visto al Padre*”14,9; “*¿no crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?* 14,11³⁶. Y para precisar dirá más adelante que lo mismo ha de decirse del Espíritu Santo: “*Deus non nisi omnia simul tria*”, es decir: “*los tres juntamente son Dios*”³⁷.

Tercera: Afirma que Dios se sirve de un lenguaje humano.

Es fundamental para san Agustín resaltar que el lenguaje de Dios en las Sagradas Escrituras es humano y como adaptado al lenguaje infantil (*parvulis congruens*)³⁸. De esta forma, su fortaleza se reviste de figuras literarias sobre seres creados³⁹, su Amor se presenta con sentimientos humanos⁴⁰, Aunque los tres nombres, Padre, Hijo y Espíritu Santo son términos que aparecen en el Nuevo testamento, son simples términos del lenguaje humano expresados por los escritores bíblicos, que no designan una supuesta relación, que no es un accidente porque no es correcto, cuando se trata de Dios, referirse a “posibles accidentes en su ser”. Afirma san Agustín.

*“En consecuencia, aunque sean cosas diversas ser Padre y ser Hijo, no es esencia distinta: porque éstos nombres se dicen no según la sustancia, sino según lo relativo; y lo relativo no es accidente, pues no es mudable”*⁴¹.

³⁵ (unitas et aequalitas summae illius Trinitatis) De Trin. VI,9,10.

³⁶ Enseña san Agustín la doctrina denominada inmanencia y circumincesión incluso en el alma humana: “*mas cuando el alma se conoce y se ama, subsiste una trinidad –mente, conocimientos y amor- en aquellas tres realidades y esto sin mezcla de confusión, consecuentemente todas en todas*”, De Trinitate, IX, 5, 8.

³⁷ Por cierto, la traducción al español de la BAC introduce la palabra “personas” que, como es evidente, no está en el original latino.

³⁸ “*con el intento de elevar, en gradación suave, nuestro entendimiento bien cultivado a las alturas sublimes de los misterios divinos*” De Trinitate, I,2.

³⁹ “*...expresiones tomadas del mundo corpóreo y dice: Protégeme bajo la sombra de tus alas (Sal. 16,8)*” De Trinitate I,2.

⁴⁰ “*... no para significar lo que Dios es en sí, sino como obedeciendo las necesidades del lenguaje, por ejemplo: Yo soy un Dios celoso (Ex 20.5)*”, De Trinitate, I, 2.

⁴¹ “*Quamobrem quamvis diversum sit Patrem esse et Filium esse, non est tamen diversa substantia, quia hoc non secundum substantiam dicuntur, sed secundum relativum; quod tamen relativum non est accidens, quia non est mutabile*” (De Trinitate, V, 5.6 Véase la nota 6 del P. Luis Arias en la edición ya señalada.

Cuarta: Dios-Trino es inefable.

Desde el inicio de su obra san Agustín establece que Dios es inefable, pues tenemos una gran, e insuperable,

“dificultad de intuir y conocer plenamente la substancia incommutable de Dios, creadora de las cosas transitorias, y, en su eternidad, directora del curso de los tiempos. Para poder contemplar inefablemente lo inefable es menester un continuado trabajo de purificación mental” y añade *“nutridos así con el manjar de la fe, a través de caminos practicables, nos hacemos idóneos y capaces de la plenitud comprensiva”*⁴².

Por eso, en esta misma línea de exactitud terminológica afirma el Obispo de Hipona que: “Se dice que la Trinidad es un solo Dios...más nunca es lícito afirmar que la Trinidad es el Padre, a no ser en sentido traslaticio respecto a la criatura según la adopción de hijos... La Trinidad tampoco se puede llamar Hijo; aunque sí en cierta manera Espíritu Santo, a tenor de aquella Escritura: «Porque Dios es Espíritu» (Jn 4,24)”⁴³.

III. EPÍLOGO: LA TRINIDAD EN ALGORITMOS O SIGNOS

Permítasenos deducir de las anteriores conclusiones que hay frases o afirmaciones que se refieren a la Sma. Trinidad con inexactitud manifiesta, incluso en la Liturgia y, sin duda, en muchos libros de Dogmática y Espiritualidad. Tenemos casi terminado un estudio, que pronto publicaremos, que trata sobre la terminología inexacta, incluso errónea, que se suele utilizar al exponer la doctrina de la Santísima Trinidad. Insisto que es un serio problema no explicar bien el significado propio que tienen las palabras, especialmente en la exposición académica y catequética.

Como aspecto tangencial y como expresión de una intención, mi intención, de plasmar en unas líneas festivas la esencia de esta doctrina, deseo resumir las principales afirmaciones anteriores en forma de simbolismos. Han sido varios los escritos que hemos encontrado en que se utilizan algoritmos. Por nuestra parte evitamos cuidadosamente los signos que contengan sumas, restas o multiplicaciones que aparecen con frecuencia en las publicaciones consultadas y que pretenden traducir las palabras en logaritmos. Su motivo, se presume, es presentar con claridad y evitar el plurivalente significado de las palabras.

⁴² *De Trinitate*, I, 1, 3.

⁴³ Cfr. *De Trinitate*, V,11,12. Dejamos esta afirmación que nos llevaría a tratar de forma dogmática el tema, lo cual no es nuestra intención.

Pero excepto el número UNO (1), a nuestro juicio, es el único número y signo que de forma correcta se puede predicar de Dios.

En la siguiente formulación se resume un aspecto de cuanto hemos querido exponer. Utilizamos la anotación para Dios, Padre, Hijo, Espíritu Santo por su letra inicial: Dios*D, Padre*P, Hijo*H, Espíritu Santo*ES. Y también; Verbo *V.

Lo primero es afirmar que, según la fe cristiana, Dios y Trinidad, sin concretar nada más, es lo mismo. Por tanto, es lo mismo decir Dios Uno y Dios Trino: **D=P*H*ES** es la afirmación fundamental y correcta en la Confesión de fe cristiana. Indicamos que nos abstenemos de poner cualquier signo matemático (+, -, :, /) pues reflejaría una especie de deficiencia, la inocente suma presupone un necesario crecimiento o aumento, lo cual no corresponde a Dios de ninguna manera, porque Dios es inmutable e indivisible.

Es importante defender la unidad y misma esencia de Dios, porque ninguna de las tres representaciones simbólicas, de forma independiente (son) es Dios, y así P (H*ES)= D: luego, no es correcto decir P=D. ni H=Dios, ni ES=Dios. Y en el caso de decirse, por una defectuosa costumbre, se ha de advertir que no hay ninguna separación en Dios porque es UNO.

Todo cuanto se refleja en el contenido de este artículo se debe a que mi admiración y amor por san Agustín me impele también, en este caso, señalar una leyenda que, como consta, no hace justicia al santo, además de ser demasiado repetida incluso en los ambientes agustinianos. Espero haber logrado algo positivo y, cualquier otra pretensión lo dejo en las manos de la Suprema Sabiduría.

Termino con la frase de un gran agustino holandés, Tarsicius van Bavel, que escribió un interesante artículo sobre la Trinidad que tituló de esta concisa y maravillosa forma: “Ver lo inefable de manera indecible”⁴⁴.

IV BIBLIOGRAFIA

- COURCELLE. J., Y COURCELLE, P., *Iconographie de saint Augustin; les cycles du XIV^e siècle*, Paris 1965.
- COURCELLE. J., Y COURCELLE, P., *Iconographie de saint Augustin; les cycles du XV^e siècle*, Paris 1969.

⁴⁴ VAN BAVEL, T., <<Ver lo inefable de manera indecible>>, en *San Agustín*, Fonds Mercator, Instituto Histórico Agustiniano, Bruselas 2007, pp. 97-107.

- COURCELLE. J., Y COURCELLE, P., *Iconographie de saint Augustin; les cycles du XVI^e siècle*, Paris 1972.
- COURCELLE. J., Y COURCELLE, P., *Iconographie de saint Augustin; les cycles du XVII^e siècle*, Paris 1992.
- COURCELLE. J., Y COURCELLE, P., *Iconographie de saint Augustin; les cycles du XVIII^e siècle*, Paris 1980.
- COSMA, A. y PITTIGLIO, G., *Iconografia Agostiniana, Il Quattrocento. Opera Omnia (latino-italiana) di sant'Agostino*, XLI/2, Città Nuova Editrice, Roma 2015.
- LAZCANO, R., *Bibliografía de san Agustín en Lengua Española (1502-2006)*, editorial Revista Agustiniana, Guadarrama (Madrid) 2007, pp. 554⁴⁵.
- LEFRANCOIS PILLION, L., Jerome d'après quelques peintures italiennes du XV siècle au Musées de Louvre, en *La Gazette des Beaux Artes* 1908, 40, pp. 307-318.
- LIMONTE, M^a T., *Sant'Agostino e la legenda del bambino sulla spiaggia*, en *Italia Medioevale* (internet), 22 diciembre 2020.
- MARROU, H.I., "Saint Augustin et l'ange. Une legend médioéval. L'homme devant Dieu", en *Melanges offerts au P. de Lubac*, II, 1954.
- RUBÉN DE CELIS, M., *San Agustín. Leyenda religiosa*, Imprenta El Porvenir Filipino, Manila 1876, p.16.
- SEIJAS IGLESIAS, G., *El corazón de san Agustín. Leyenda de la Edad Media*, Toma y Lee, 1921.
- VARIOS, *San Agustín*, Fonds Mercator, Instituto Histórico Agustiniano, Bruselas 2007, pp. 319.

⁴⁵ Facilito las páginas para identificar las publicaciones que sobre este tema recoge Rafael Lazcano en esta su valiosa obra: n.105 (p. 56); Apartado XII, Presencia y proyección de San Agustín, 11: *San Agustín y el Arte; 11.1. Imágenes, tallas y retablos*, nn. 6338-6364 (pp.432-434); *11.2. Pintura*, nn. 6366-6386, es decir un total de 59 estudios y artículos.